EL FUTURO CRISTIANO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

JESUS POLO

Ha pasado un año desde que vivimos en España el acontecimiento de la venida del Papa a esta tierra nuestra. Estamos ya bastante lejos de la «inmediatez colorista» del hecho y de la carga emocional que sucesos de esta naturaleza suelen implicar. Podemos contemplarlo ahora desde una perspectiva de sosiego, que permita alcanzar otra clase de inmediatez, la que fluye de una reflexión más honda y clarificadora. Intento una visión en profundidad, para analizar los entresijos de las ideas, palabras y gestos del Papa que entonces presenciábamos. Algo así como la visión que trata de obtener un biólogo sobre un tejido, haciendo previamente en él una sección vertical. Como la que puede descubrir un pensador, interrogándose por el «qué íntimo», el «por qué» y el «para qué» de un hecho histórico. Mi reflexión se sitúa en un ángulo teológico-pastoral, que posea las cualidades indicadas, aplicadas en este caso al Mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes españoles.

1. *La preocupación pastoral de Juan Pablo II por la juventud*

El Papa no ha ocultado nunca —y en España se lo dijo a los jóvenes directamente— que si «en todas sus visitas pastorales, en las diversas partes del mundo» ha querido tener contacto con los jóvenes y hablar con ellos, ha sido «por la gran estima que hacia ellos siente» (24,1). Tampoco dejó de manifestar en España que las diversas noticias que le habían llegado a Roma antes de salir, le habían «emocionado» (cfr. 24,1). «Los jóvenes —añadió entonces— sois capaces de ganar el corazón con tantos de vuestros gestos, con vuestra generosidad y espontaneidad» (24,1). En Francia, también ante jóvenes, desveló un poco más la razón de este aprecio y estima: «Dios me ha dado la gracia —como a otros muchos obispos y sacerdotes— de amar con pasión a los jóvenes»¹.

1. *Mensaje a los jóvenes de Francia* (París, 1.VI.1980), en *Juan Pablo II a los Universitarios*, EUNSA, Pamplona 1981, n. 152.

Este amor entrañable a la juventud va íntimamente unido en Juan Pablo II a la clara visión que él tiene del papel histórico que los jóvenes están llamados a desempeñar en el año 2000. Lo ha dicho en muchas ocasiones. Concretamente, en el Santiago Bernabéu: «He querido reunirme siempre con los jóvenes... por la gran estima que nutro hacia vosotros y porque sois la esperanza de la Iglesia, no menos que de la sociedad. Ellas, en efecto, dentro de no muchos años descansarán en gran parte sobre vosotros. Sobre vosotros y tantos miles de compañeros vuestros que están unidos a vosotros en estos momentos. Desde todos los lugares de España desde los que venís» (24,1). Pero es obvio pensar que este protagonismo que la juventud de hoy tendrá en la sociedad y en la Iglesia hacia el año 2000 es, en definitiva, ley de vida. Lo decisivo es el matiz religioso que el Papa ve en esta ley de crecimiento biológico y de protagonismo histórico. En esta línea se orienta la clave explicativa del interés pastoral del Papa por los jóvenes.

Existe otro elemento de mayor significación y alcance. El Papa Juan Pablo II tiene la íntima convicción que hoy vivimos en una sociedad «que tiene bastante afinidad con aquella en la que se abrió paso la primera predicación del Evangelio» (22,3). Una sociedad que, por desgracia, no parece vivir otras alternativas que las «del consumismo hedonista o del materialismo ateo» (26,7). Y, en ella, «junto al consolador desarrollo de la Iglesia en tantos pueblos de reciente tradición católica» (31,6), el Papa contempla con un dolor agudísimo la triste realidad «de tres cuartas partes de la humanidad —en su mayoría jóvenes— que no conocen a Jesús ni su programa de vida y de salvación para el hombre; y el espectáculo inquietante de muchos que han renunciado al mensaje cristiano o se han hecho insensibles a él» (31,6). Más aún, el Papa observa cómo a través de los *mass-media* llegan al hombre corriente, y en concreto a la juventud, «un gran número de mensajes, algunos de los cuales no edifican, no construyen, sino que transmiten una idea degradada del hombre y de su dignidad, en aras quizás del permisivismo sexual, de la ideología de moda, de una crítica antirreligiosa de viejos re sabios o de una cierta condescendencia ante fenómenos como la violencia» (20,4). Y observa, a la vez, el influjo disolvente de «ideologías teóricas y prácticas que reducen al hombre a objeto de producción o de consumo»; de «corrientes fatalistas que paralizan los ánimos; del «permisivismo moral, que abandona al hombre al vacío del hedonismo»; de «ideologías agnósticas, que tienden a desalojar a Dios de la cultura» (21,11).

Pero estas y otras lacras de nuestra sociedad no le infunden «miedo» al Papa. Mucho más fuerte e íntima que esta convicción es en él la «vivencia de que un don que nos desborda, una misericordia sumamente acogedora, puede salvarnos en plenitud ofreciéndonos la gratuidad de su amor» (22,3). El siente allá dentro de su alma, sin duda como pocos,

que las dificultades de elevación moral y de evangelización de la humanidad actual «pueden sembrar la tentación del desaliento». Pero, a la vez, vive la profunda certeza de que «no hay motivo para ello». Porque «en la lucha y angustia de cada día no estamos solos, sino que la presencia del Espíritu de Cristo nos acompaña» (TB, 8). En una palabra, Juan Pablo II está todo él traspasado por la fe viva de que «es Cristo —el Hijo de Dios vivo— quien nos hace capaces de enfrentarnos sin temor ante el futuro, empeñados en construir la 'utopía' de un mundo nuevo, más justo y humano» (22,3), dentro de ese «nuevo sistema de vida, que nace de Jesús, Hijo de Dios y de María» (24,1).

Con esta vivencia y esta fe viva de que hablo van indisolublemente unidas otras certidumbres no menos profundas, que le dan a este Papa un original optimismo y una singular fuerza de creatividad pastoral. Juan Pablo II palpa por doquier que, aun en medio de tantas sombras, vivimos en una «época particularmente hambrienta de espíritu» (40,1) y que, al lado de aspectos negativos, «nuestra sociedad se caracteriza también por una inextinguible sed de Dios y de los valores espirituales» (40,3). Al fin y al cabo, «el hombre lleva dentro de sí la pregunta irrenunciable del sentido último de la vida» (10,3).

Por ello, su espíritu estalla en expresiones de gozosa experiencia de amor a Cristo y, simultáneamente, de inaplazable y arrollador empuje pastoral-misionero, que, respetando siempre la libertad de las conciencias, acorte con ilusión creciente la enorme distancia que separa a la Iglesia del logro pleno de su finalidad evangelizadora cara al año 2000. Esa interior experiencia de Dios es presupuesto obligado de una acción pastoral bien encauzada. «No existe —dice él mismo—, no puede existir apostolado alguno (tanto para los sacerdotes como para los seglares) sin la vida interior, sin la oración, sin una perseverante aspiración a la santidad» (26,10). Y en otro lugar: «Haced la experiencia de esta amistad con Jesús, vividla en la oración con El, en su doctrina, en la enseñanza de la Iglesia que os la propone» (24,6). Y en Alba de Tormes, usando palabras de Sta. Teresa de Jesús: «Os llamo a que tengais 'ánimos para grandes cosas'... pero únicamente en la experiencia teresiana del amor de Dios encontraréis fuerzas y libertad para ellas, 'porque no tendrá ánimo para cosas grandes quien no entiende que está favorecido por Dios' (*Vida*, 10,6)» (8,4). «Yo os pido que ensancheis el alma, que 'no apoqueis los deseos'. Abríos al futuro. Arriesgaos como Teresa de Jesús, de quien no me resisto a citar estas palabras: 'Importa mucho y el todo... una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar (a la santidad), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo' (*Camino de perfección*, 35,2)» (*Ibidem*).

Con esto, estamos tocando el nervio o, como decía antes, la clave explicativa del interés pastoral que el Papa actual siente por los jóvenes. La simpatía y el aprecio hondo que les profesa, todo el conjunto de humanas cualidades sobresalientes que este Papa posee, la relevante personalidad de que está dotado, su extraordinaria sensibilidad ante todo lo humano, todo lo limpio y noble del mundo, o el bagaje cultural, filosófico y teológico que muestra de continuo, así como su capacidad de sacrificio y su experiencia humana, y otras facetas que se podían destacar son, en verdad, elementos de importancia. Pero el elemento que los aglutina a todos, formando en él un todo único de vida y acción, es su experiencia religiosa de Dios, de Cristo en su Iglesia y de María, Madre de Dios y de los hombres. Aquí está el meollo, el núcleo sustantivo, la raíz y fundamento dinámico de todo lo que él es como persona humana y de donde brota, como agua caudalosa, la libertad, confianza y empuje esperanzado con que se dirige a los jóvenes, en la certeza de que ellos conectan inmediatamente con él y captan cuanto les dice y se abren gustosos a los horizontes de elevación y grandeza moral que les presenta.

Todavía unas pinceladas más para concluir el cuatro explicativo. Un hombre así, convertido por designios de Dios en Vicario de Cristo, tiene su programa de acción evangelizadora, que va presentando al mundo como un auténtico «desafío de plenitud» (26,7) a un mundo vacío de Dios, «crecientemente secularizado» (29,3). Las palabras de S. Pablo «¡Ay de mí si no evangelizare!» (1 *Cor* 9,6) resuenan en su alma «con un vigor y una convicción» (29,7) poderosa. Y, por ello, no cesa de gritar a todos los grupos cristianos con que se encuentra en su pastoral «solicitud por todas las iglesias» (2 *Cor* 11,28) las mismas palabras que pronunció al comienzo de su pontificado: «No tengais miedo. ¡Abrid las puertas a Cristo!» (3,6); «acoged a Cristo con ánimo abierto. Acoged a Cristo en su Iglesia, que es su presencia permanente en la historia. Porque 'Cristo más la Iglesia no es más que Cristo solo'» (22,4); «abrid vuestro corazón a Cristo y a su ley de amor, sin condicionar vuestra disponibilidad, sin miedos a respuestas definitivas, porque el amor y la amistad no tienen ocaso» (31,8).

Este programa, para Juan Pablo II, consiste, en sustancia, en «confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo con convicción profunda, sentida y vivida» (10,4), en «servir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo... en su sed de verdades totales, sed de verdades últimas y definitivas, sed de la palabra de Dios» (*Ibidem*).

Para la realización de un programa de tan largo alcance el Papa pide la colaboración de todos y cada uno de los cristianos, lo mismo individualmente que de forma asociada (cfr. 24,5; 26,8). «Ningún cristiano está exento de su responsabilidad evangelizadora» (26,8), porque, en de-

finitiva, «la vida cristiana no consiste 'en pensar mucho, sino en amar mucho' y 'todos son hábiles de su natural para amar'» (7,3).

Pero el Papa piensa sobre todo en los jóvenes. ¿Por qué? Sencillamente, porque el Santo Padre, en el fondo de su alma, donde vive en sintonía sobrenatural con Dios, siente con diáfana claridad que «Cristo necesita de ellos y los llama para ayudar a millones de hermanos suyos a ser plenamente hombres y a salvarse» (31,8). Y esta llamada de Cristo a los jóvenes de hoy es tan honda y sobrenaturalmente sentida en el corazón del Papa que, estando todo él al servicio de los quereres amorosos de Cristo, se vuelve todo él —con sus palabras, sus miradas, sus gestos— pregonero incansable ante la juventud del mundo de los planes de Cristo sobre ellos. En el hondón de su espíritu, a un mismo tiempo contemplativo y activo en puro amor, siente como voz de Dios que de los jóvenes «depende en definitiva que el mundo futuro esté más cerca o más lejos de Jesucristo» (29,5).

Este es el motivo del interés pastoral del Papa por la juventud, la razón explicativa de lo que les dice y del modo de decírselo. Más aún, de la confianza que ha depositado en la juventud de hoy y de la firme esperanza que mantiene en ella, concretamente en la juventud española. Tengamos en cuenta que esta confianza y esta esperanza tienen, en el corazón del Papa, un firme apoyo en la oración viva y emocionada, oración de amigo, ante Cristo, pidiendo siempre la intercesión de María y de los Santos: ¡Virgen Santa del Pilar, dijo en Zaragoza, «fomenta en los jóvenes la disponibilidad para una entrega plena a Dios» (32,7). Y, ante el sepulcro de Sta. Teresa de Jesús en Alba de Tormes: «Descubre a todos los cristianos el mundo interior del alma, tesoro escondido dentro de nosotros, castillo luminoso de Dios... Acoge mi súplica por los que han recibido la gran dignidad de ser amigos de Dios, por los que buscan a Dios entre tinieblas, para que se les revele la Luz, que es Cristo... Bendice a los jóvenes, a los niños. Que encuentren un mundo de paz y libertad, digno de hombres llamados a la comunión con Dios, donde puedan cultivarse esas virtudes humanas que tú llevaste al esplendor de la santidad cristiana: la verdad y la justicia, la fortaleza y el respeto de las personas, la alegría y la afabilidad, la simpatía y el agradecimiento» (9,4).

Esta es también, a mi modo de ver, la causa por la que el Papa insiste tanto a los diversos estamentos eclesiales que tienen alguna responsabilidad en la formación cristiana de la juventud, para que empleen lo mejor de sus esfuerzos y desvelos en llevar a cabo con eficacia esta tarea. Es necesario «planear un intenso apostolado juvenil —dijo el Papa—, que sostenga y acreciente la fe de vuestros jóvenes, verdadero tesoro de la Iglesia, como cristianos de hoy y que serán los dirigentes y responsables del futuro eclesial y social» (SG, 6). Y es preciso, a la vez, que «en la pastoral juvenil esté siempre abierto el horizonte vocacional

y que ningún miembro de vuestra comunidad eclesial se sienta exento del deber de colaborar en este terreno» (TB, 6). El Papa sabe muy bien que se trata de una tarea difícil. El mismo lo afirma: «No hay que desconocer las dificultades existentes para hacer llegar a los jóvenes la invitación de la Iglesia. Pero ello —dice el Papa a continuación— no debe paralizar vuestro entusiasmo e iniciativa. También la juventud de nuestro tiempo siente la atracción hacia las cosas arduas, hacia los ideales grandes. No se ha agotado la generosidad de la juventud. Pero quiere que se le propongan metas que vale la pena alcanzar; no ideales recortados en los que no puede reconocerse» (S, 5). Más aún, el Santo Padre no deja de sugerir que quizá tengamos que reflexionar sobre nuestros propios modos de llegar a las almas de los jóvenes, para ver si son todo lo apropiados que sería menester: «A veces estamos acostumbrados a pensar con mentalidad un poco empresarial, como si bastasen las palabras y las estructuras para ser fermento de conversión; pero la verdad es que basta hacernos oír; hemos de conseguir que se preste oído, que el mensaje sea captado, yo diría, en términos de imagen, de presencia que provoca la adhesión y la conmoción de toda la persona» (VO, 3).

La Conferencia Episcopal Española expresa todo este haz de sentimientos pontificios de forma delicada y precisa cuando dice: «El poder renovador de la Iglesia y de los cristianos nace y se alimenta de su experiencia y radicalidad religiosa en Cristo Jesús, por la fuerza del Espíritu. No podemos quedarnos en ser 'meros signos de los tiempos', sino que debemos llegar a ser 'signos de vida eterna en el mundo de hoy', según la advertencia de Juan Pablo II (*Discurso a las religiosas e institutos seculares femeninos*, 8 nov. 1982)» (Exh. 27). Y, cuando un poco más adelante, se refiere a la acción pastoral juvenil en estos términos: «Consideramos como primer objetivo la formación intensa y sólida de los jóvenes cristianos, mediante una acción catequética integral, en el plano doctrinal, litúrgico, moral y comunitario, que les acompañe en todo el proceso de maduración humana y cultural» (Exh. 31). Consciente asimismo de la grave situación en que se halla la sociedad española en cuanto a formación religiosa, dijo hace poco el Presidente de la Conferencia Episcopal Española: «las nuevas generaciones no serán cristianas si no se les ofrecen los medios necesarios para su educación en la fe»².

2. *La juventud española: su entorno y su actitud interior*

Un primer aspecto que resalta en la sociedad de hoy, a mi modo de ver, es la actitud de *cansancio y languidez*, de acedia del espíritu respec-

2. MONS. DÍAZ MERCHÁN, *Discurso de apertura de la XXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española*, en YA, 22 nov. 1983, p. 20.

to de los valores superiores, morales y religiosos. Una parte notable de personas de edad entre los cuarenta y cincuenta años viven en un estado como de somnolencia en toda esta materia. No es que la moral y la religión no les diga nada. Es que muestran un notable aburrimiento frente a todo valor superior. Las relaciones dentro del matrimonio, el engranaje de la sociedad civil a escala administrativa y política, el mundo de las diversiones, la orientación que se da frecuentemente al empleo del dinero, el ambiente educativo bien sea en el ámbito de la escuela, del colegio o de la universidad, el mundo del trabajo con todo su complejo mecanismo de empresario-asalariado-representante sindical-presión por la huelga, sea legal o salvaje, el estamento eclesiástico, sea de sacerdotes, religiosos o religiosas en todo lo que se relaciona con sus obligaciones propias en materia de doctrina, liturgia, propios reglamentos o constituciones, etc., etc..., en una palabra, los distintos estamentos de la sociedad están afectados, en mayor o menor grado, por este «virus» de la desgana y anemia de la voluntad ante lo que puede calificarse de «valores superiores» para cada uno de los estamentos indicados. Es lógico, claro está, que el nivel de «valor superior» mínimo esté ordinariamente a mayor altura moral y religiosa para el estamento eclesiástico que para el laical, pero esta observación no quita un ápice a lo que está aconteciendo en la sociedad en que vivimos.

No es, por fortuna, totalmente negro el cuadro que trato de describir. Junto a gente que adopta esta actitud a la que acabo de referirme, uno se encuentra también con personas, de todo grupo social, incluido el estamento eclesiástico, que muestran un empuje singular y un empeño inasequible al desaliento, que saben vivir cara a Dios y a los hermanos, por puro amor a Cristo. Hombres y mujeres que tratan de seguir en su propia vida el camino del deber, conscientes de que, detrás de esa costra a veces antipática y dura del afán de cada día, se ocultan horizontes de grandeza interior, de lealtad con Dios y con la sociedad hacia un futuro más justo, más humano y, por ende, más divino.

No añadiré aquí, para referirme al panorama juvenil, más que un par de observaciones. La primera es que, a mi modo de ver, algo parecido a este cuadro está sucediendo en el mundo juvenil. La segunda es que la distinción entre una y otra postura es más cambiante entre los jóvenes que entre los mayores, debido en parte a la inconstancia juvenil y, en mayor grado, a condicionamientos de otro tipo, que luego trataré y que tienen en la juventud una presa más fácil que entre los de mayor edad.

Pasemos ya a otro punto de vista para ir alcanzando profundidad en el análisis. En íntima relación con la atonía interior ante valores superiores, está el ambiente de consumismo que vive el mundo de hoy. Lo cual, a su vez, se da la mano con una visión preponderantemente materialista y confortable de la vida. Como se dice de ordinario, se trata de

«pasar lo mejor posible» o, con otra expresión también corriente, «hay que vivir». Detrás de esta manera de ver las cosas se oculta otra faceta de no menor interés: el hedonismo y la liviandad en las costumbres, que cada día se hacen más agresivos y demoleedores por parte de quienes tienen en sus manos la mayoría de los medios de comunicación social y, desde luego, los más poderosos e influyentes en la opinión pública.

Si queremos sintetizar un poco más, a fin de que el análisis sea más profundo, podemos observar que, detrás de toda esta ambientación generalizada, existe una concepción subjetivista del concepto de verdad, un falso concepto de la libertad humana y una seria degradación del mismo concepto de amor.

En efecto, se piensa y se dice habitualmente que «cada uno tiene *su* verdad», que «nadie posee *la* verdad en exclusiva». Estas frases, que entendidas con todo rigor, podrían tener una interpretación aceptable, desgraciadamente son del todo inadmisibles, porque de hecho se les da el sentido de que «la perspectiva» que uno adopta, la «educación» que uno ha tenido, el mismo «temperamento» y el «sentimiento» crean la verdad. Y, por tanto, ha de ser diversa la verdad según sean diversos los pueblos, las culturas, los mismos individuos. Como se ve, ha quedado diluído ese sentido universal y primigenio de la verdad, según el cual la realidad de las cosas es la medida del conocimiento humano, y no al revés, y la realidad puede ser conocida en cuanto tal por toda inteligencia humana, sanamente constituida, aplicada al objeto real. Podría parecer que esta cuestión se queda en el ámbito de la pura filosofía. No es así. Quien parte de una concepción subjetivista, perspectivista, historicista de la verdad queda apresado por esa concepción en todos los planos de la vida. Concretamente, en el religioso. Y así, hoy, con estos supuestos básicos de una concepción subjetivista de la verdad les resulta especialmente difícil, casi imposible, a muchos cristianos, sobre todo entre los jóvenes, aceptar que existe en materia religiosa una única verdadera Iglesia y que, en moral natural, existen unos principios morales de validez universal y permanente para todo hombre en cualquier circunstancia, situación, edad, profesión o estado de vida en que se halle.

Algo parecido sucede con el concepto de libertad. Frecuentemente se entiende como pura liberación de toda norma y de toda autoridad, que sería algo impuesto extrínsecamente y, por tanto, contrario a lo más íntimo de la dignidad de la persona humana. Quienes piensan acerca de la verdad en clave subjetivista, es lógico que en este terreno de la libertad dejen a un lado la realidad de la dependencia esencial que todo ser tiene respecto de Dios, principio y fin de toda creatura y, por tanto, respaldo ontológico último del bien, de la felicidad y dignidad del hombre y orientador supremo, por medio de la ley, de la moralidad de las acciones humanas.

No pretendo decir que los jóvenes se hagan estos raciocinios, ni que

piensen siquiera que en estas doctrinas que voy descubriendo estén las bases ideológicas de actitudes prácticas. No. Lo único que intento aquí es aclarar que, detrás de ciertas posturas prácticas, existe una fuerte carga ideológica que es preciso que todo educador tenga muy en cuenta y, por otra parte, es necesario que todo agente de pastoral juvenil esté hoy bien pertrechado ideológicamente, para saber dónde se agazapan las dificultades más serias que sienten muchos jóvenes de hoy a la hora de caminar libre y ágilmente por el camino del bien.

En el ambiente hedonista de la sociedad de hoy se esconde también una concepción reduccionista del *amor*. Son muchos hoy, por desgracia, los que entienden por amor la mera satisfacción sexual. Con lo cual el concepto ha quedado reducido a tal degradación que no cabe en él más que eso. Lo peor de esta concepción restrictiva del amor es que, además de la degradación moral que lleva consigo, deja el corazón juvenil inutilizado para cualquier empresa grande, para todo cuanto signifique altruísmo o franca y sólida camaradería. Los «horizontes» interiores han quedado a ras de tierra, más aún, degradados a la condición de los instintos animales. La conciencia queda cegada. Y el envilecimiento lleva fácilmente al abandono de todo trabajo serio y honrado, dejando a la persona a un paso de la evasión de la droga, la delincuencia, el terrorismo quizás o, en todo caso, a una clara marginación de la familia, del trabajo profesional, de la sociedad. Y, por supuesto, de todo afán religioso.

Digamos, para concluir este apartado, que, como consecuencia de esta forma de vida deshumanizada, se advierte una falta de felicidad, que muchos no saben de dónde procede. En el fondo, muchos han desertado de la tarea profunda que un hombre debe llevar a cabo: la de hacerse cada día más cristiano, es decir, cristiano de modo más verdadero y pleno. Lo dijo con acierto Romano Guardini: «El corazón corre el gran peligro de, amparándose en la tarea de las misiones del pensamiento, de la poesía, de la creación y de la formación cristianas, sustraerse a su verdadero deber, el de convertirse en cristiano. ¡Y qué miseria, qué violencia impotente, qué esterilidad profunda puede esto significar en todo lo que se engendre!»³.

Pasemos ya al análisis de otra faceta de nuestra sociedad, que puede contribuir a un mayor conocimiento de la juventud.

La sociedad actual vive también una tensión belicista, cada día más agravada, de proporciones internacionales. Lo que ha dado en llamarse las «guerras en la paz» y el peligro constante de una conflagración universal son un hecho que no puede infravalorarse. Tanto más cuanto que, debajo de este fenómeno, se da una división del mundo entre dos nacio-

3. R. GUARDINI, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, Emecé, Buenos Aires, 1955, p. 13.

nes poderosas frente a frente y las demás, que de forma abierta o solapada, quedan engrosadas en uno de los dos «bloques». Detrás de lo cual se esconden no pocas situaciones de clara injusticia social y también de injusticia política por su larvado neocolonialismo con sus secuelas de violencia y destrucción.

Ante la situación internacional y también nacional de injusticia que vivimos es fácil hacer una general convocatoria a la juventud. Por parte de algunos se le propone la urgente necesidad de realizar un cambio, más aún, de luchar con todas las fuerzas por el alumbramiento de un mundo nuevo. Se les añade que todo esfuerzo será inútil mientras no se echen abajo estructuras periclitadas, que son las culpables del inmovilismo que nos tiene atenazados. Más aún, se pregona que es totalmente imprescindible, para que cambie la sociedad con rapidez y eficacia, que la lucha de clases se haga sin paños calientes, de una forma drástica, en bien de la clase hasta ahora humillada.

A aquellos sectores de la juventud que no han quedado arrinconados en la vida por el uso de la droga, se les abren estos horizontes de protagonismo en una causa tan noble y digna de su esfuerzo, cual es la de echar abajo la fachada de una sociedad podrida y levantar un mundo nuevo.

Pero son pocos los que de hecho se dan cuenta de que el modo y camino que se les propone es marxista.

Por estos ideales de «justicia social» viven y luchan hoy muchos jóvenes españoles. Y también sucede lo mismo con lo que he llamado «justicia política»; aunque sean muchos menos, no se puede olvidar que la significación y alcance de su actitud es seria y relevante. No hace falta decir que nos hallamos ante «una gigantesca operación que consiste en invertir el orden de las cosas tal como lo impone una perspectiva cristiana. Esa inversión es intelectualmente una falsificación y moralmente una perversión»⁴. Pero está ahí, prendida del corazón y de la mente juvenil española. No podemos cerrar los ojos ante esta realidad si hemos de llevar a cabo con seriedad y con grandeza de ánimo una renovación profunda como la que nos ha pedido el Papa Juan Pablo II y nos exige la historia. A la vez, hemos de tener muy presente que con esta «falsificación intelectual» a las espaldas no se puede vivir en paz consigo mismo mucho tiempo, cuando las mentes están abiertas a la realidad de los hechos, que son los que se encargan de ir demostrando la falsedad de tales posturas. Y menos, si con la falsedad indicada se une, como creen hoy ilustres pensadores, esa «moral perversión», que lenta pero inexorablemente va dejando los raíces del ser al aire. Quiero decir con esto que esta «falsedad» y «corrupción» en que se ve sumergido el ambiente que respiran los jóvenes, ofrece grandes posibilidades a una

4. J. MARÍAS, *Problemas del Cristianismo*, BAC minor, Madrid 1979, p. 43.

evangelización misionera, si sabemos anunciar la viviente realidad, la original radicalidad del verdadero mundo nuevo que el Cristianismo ha venido a traer a la tierra.

3. *El mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes españoles*

El Papa Juan Pablo II ha demostrado una vez más conocer profundamente a la juventud tal cual es hoy, con sus problemas, inquietudes y posibilidades. Más aún, ha demostrado que sabe hablarles en su lenguaje, el que necesitan oír allá en lo íntimo de su corazón, aunque sus palabras puedan decir muchas veces lo contrario.

La principal característica de este mensaje es la presentación de todo su contenido en una línea de radicalidad. Radicalidad pedagógica y radicalidad religiosa, tal como se ofrece en el Evangelio. Tras unas palabras sinceras de saludo, aparece este aspecto cuando en clave de reto a la juventud, les dice: «Los jóvenes españoles ¿serán capaces de mirar con valentía y constancia hacia el bien? ¿Ofrecerán un ejemplo de madurez en el uso de su libertad o se replugarán desencantados sobre sí mismos? La juventud de un país, rico de fe, de inteligencia, de heroísmo..., de grandes empresas humanas y religiosas, ¿querrá vivir el presente abierta a la esperanza cristiana y con responsable visión de futuro?» (24,1). Voy subrayando las palabras que me parecen más significativas, aunque en el entramado de las frases están ponderados todos los elementos. Esta misma cualidad se echa de ver al comprobar el tema mismo del coloquio que el Papa escogió: las causas del mal en el mundo. Esto es, en efecto, lo que duele a la juventud, lo que ella tiene clavado en el alma. Es como el denominador común de todos sus problemas. Y, en conexión con el tema del mal, la propuesta evangélica de las bienaventuranzas. ¿Hay algún tema evangélico más radical que éste? Con él les enfrenta el Papa a los jóvenes clara y paladinamente. Sin miedos. Sin titubeos de ningún tipo. Con un coraje singular, confiado y esperanzador. Como los mismos jóvenes españoles necesitan en estos momentos. Ellos, que, en el fondo de sus almas, «buscan esa radicalidad evangélica» (17,4). El Papa, gran pedagogo, trata de que los jóvenes entren consigo mismo «en últimas cuentas»; es decir, desde la verdad íntima de sí mismos, que es —como alguien ha dicho— «el único suelo en que puede llegar para cada hombre un rebrote personal de cristianismo»⁵. Todo el discurso a los jóvenes en el Bernabéu está invadido de esta cualidad. Diría más. Es como la característica única, que, bien desde el punto de vista pedagógico, bien desde el doctrinal, va adquiriendo diversas formas y matices a lo largo de las palabras del Papa.

5. J. MARÍAS, *o.c.*, pp. 93-94.

Esta radicalidad, de gran sentido pedagógico y cristiano, tiene inmediata correspondencia con el desnudo realismo y elevadas exigencias que el Papa va a proponer a la juventud. Ni una sola «concesión» a las «debilidades» que algunos consideran «propias» de la etapa juvenil. El Papa prefiere, con toda razón, apelar a su «disponibilidad y valentía», que sí son actitudes «muy propias —dice el Papa— de los jóvenes y de todos los cristianos» (45,3). ¿Dónde está el mal? El Papa recoge una seria aspiración de una notable parte de la sociedad actual y de los jóvenes en particular: el clamor por la justicia. El mal, dice el Papa, está en «un mundo que paga cualquier precio al poder», «en un mundo de violencia y de guerra», «en la explotación del hombre por el hombre o de una nación por la otra», «en la venganza» (24,2). El mal está «en el egoísmo, en las envidias, en la hipocresía» (24,4). Todas estas cosas «no satisfacen, porque desearíais —les dice— una sociedad más justa y solidaria» (22,1). Tampoco le gusta todo esto al Papa. También él está contra todo ello: «El Cristianismo comprende y reconoce la noble y justa lucha por la justicia a todos los niveles» (30,6). Quizás muchos se apartan de la Iglesia porque desconocen este programa de acción del que la Iglesia no puede abdicar. Bien, todo esto es mal. Pero también lo es —les dice el Papa con claridad a los jóvenes— «la droga», «el alcohol», «el sexo», «la violencia», «el terrorismo». Son también mundos de «inseguridad» y «desmoralización», «vacíos paraísos de evasión o indiferentismo» (24,3).

Señalado el mal, la lógica del discurso papal da un paso más dentro de esta vía de realismo exigente. El modo de luchar empieza por el interior de uno mismo. «Si el corazón de los hombres no cambia, las estructuras del mundo no podrían cambiar de forma eficaz» (17,7). Lo contrario es «un espejismo», al que fácilmente «se puede sucumbir» (37,5). «Hay que empezar por cambiarse a sí mismo; por renovarse moralmente; por transformarse desde dentro... Personas transformadas colaboran eficazmente a transformar la sociedad» (*Ibidem*). «El fallo y el pecado anidan por desgracia en cada hombre, en cada sector humano u organismo compuesto por hombres en la Iglesia y fuera de ella» (37,6). Incluso llega el Papa a poner a los jóvenes frente a la verdad total y más profunda del mal en el mundo: la existencia y labor del Maligno. Y frente a la que es su correlativa: «Jesús es quien nos da la 'victoria que vence al mundo'» (24,4). No hay, pues, razón para temer, sino para unirse más a Cristo en «el programa de las bienaventuranzas que Cristo propone» (24,3).

Con las exigencias, se dan la mano las advertencias que el Santo Padre dirige a los jóvenes. Al fin, la juventud es la etapa de la vida que más se presta a la imaginación, al ensueño, a la manipulación y a adoptar quizás la solución más errónea ante problemas serios. ¿Solución al problema del mal? «Ni la droga, ni el alcohol, ni el sexo, ni el resignado

pasivismo acrítico —eso que vosotros llamais 'pasotismo'— son una respuesta frente al mal. La respuesta vuestra —les dice el Papa— ha de venir desde una postura sanamente crítica; desde la lucha contra la mafificación en el pensar y en el vivir que a veces se os trata de imponer; que se ofrece en tantas lecturas y medios de comunicación social» (24,3). Por ello, habéis de ser vosotros mismos, sin dejaros manipular» (24,3), que es tanto como «tener criterios sólidos de conducta» para alzar en vuestras propias vidas «modelos de vida en los que se pueda confiar, en los que podáis reflejar toda vuestra generosa capacidad creativa, toda vuestra sed de sinceridad y de mejora social, sed de valores permanentes dignos de elecciones sabias. Es el programa de lucha para superar con el bien el mal» (23,3). En efecto, en medio de una sociedad que sufre la vehemente acometida de «ideologías teóricas o prácticas que reducen al hombre a objeto de producción o consumo»; «de corrientes fatalistas que paralizan los ánimos»; «del permisivismo moral, que abandona al hombre al vacío del hedonismo»; «de ideologías agnósticas que tienden a desalojar a Dios de la cultura» (21,11), es evidente que lo peor que le puede suceder al joven es ser víctima de la manipulación que continuamente le acecha, envuelta, sutil o burdamente, en el halago de que su dignidad de persona consiste en ser absolutamente libre y que, por tanto, toda autoridad, y toda ley, incluso la de Dios, la de Cristo y de la Iglesia, es contraria a su libertad y dignidad personal. Todo ello es una abierta manipulación. Es precisamente Dios, que nos ha creado libres, quien respalda la libertad y dignidad del hombre, y apartarse de él y de sus leyes es caer en la más dramática esclavitud. O, en palabras del Papa Juan Pablo II, es «plegarse a una múltiple coacción: a la coacción de los sentidos y de los institutos, a la coacción de la situación, a la coacción de la información y de los varios medios de comunicación social, de los esquemas corrientes de pensar, de valorar, de comportarse..., en los que se hace callar la pregunta fundamental, esto es, si este comportamiento es digno o indigno»⁶.

Gradualmente, el joven va llegando a límites insospechados, como es el de enjuiciar sobre el bien y el mal de una forma subjetiva, es decir, «no según el verdadero valor de las obras..., sino según las ventajas y las coyunturas»⁷. Por este camino, «en vez de llamar blanco a lo blanco y negro a lo negro; mal al mal y bien al bien», se acaba «llamando mal al bien y pecado (u oscurantismo) a la manifestación del progreso y de la liberación»⁸. Esto equivale a estar tocando el último grado de la desintegración interior y echar sobre la propia mente y la voluntad personal el cerrojo del enquistamiento en sí

6. *Juan Pablo II a los Universitarios*, o.c. en nota 1, n. 221.

7. *Ibidem*, n. 222.

8. *Ibidem*, n. 226.

mismo y de la más vil de las presiones del espíritu. En esto viene a dar el señuelo de ilimitada libertad, que el joven, que todo hombre, pretende construirse al margen de Dios.

La radicalidad se torna en apertura y presentación de grandes ideales a la juventud. El Papa dijo en Madrid: «Reconocer que las personas son sujetos de derechos y deberes y de un destino superior es reconocer que son actores de la propia historia y de su progresiva humanización; que son responsables de las actividades dirigidas a realizar la vocación de la persona humana y dar un sentido a la existencia en cuanto existencia humana» (14,4). Ya tenemos el dato importante: es preciso ser sujetos de la historia, responsables de ella. Pero ¿cómo construir la historia? Lo dice en una bella oración a Cristo Sacramentado: «Señor Jesús:... Aprendiendo este más allá de la oración, entraremos en tu intimidad o 'misterio'; entonces nuestra oración se convertirá en respeto hacia el 'misterio' de cada hermano y de cada acontecimiento para insertarnos en nuestro ambiente familiar y social y construir la historia con este silencio activo y fecundo que nace de la contemplación. Gracias a Ti, nuestra capacidad de silencio y de adoración se convertirá en capacidad de amar y servir» (5,4). Sólo de esta forma puede todo joven, y cualquier cristiano, llegar al corazón de la sociedad, por más paganizada que ésta se encuentre. El Papa todavía es más explícito. Nada de planes vagos o inalcanzables. Planes concretos e inmediatos, que todos pueden llevar a cabo, cada cual según sus propias posibilidades: «Todo esto se logra con nuestro empeño personal, con nuestro esfuerzo y conducta conforme con los preceptos del Señor, con nuestra fidelidad a su Persona, con nuestra imitación de su ejemplo, con nuestra dignidad moral. Así, el cristiano vence el mal; y vosotros, jóvenes españoles, vencéis el mal con el bien cada vez que, por amor y a ejemplo de Cristo, os librais de la esclavitud de quienes miran a tener más y no ser más» (24,3).

El Papa insiste todavía más en la inmediatez concreta de las acciones que se pueden y deben realizar y de las actitudes que se deben adoptar: «Cuando sabéis ser dignamente sencillos en un mundo que paga cualquier precio al poder; cuando sois limpios de corazón entre quien juzga sólo en términos de sexo, de apariencia o hipocresía; cuando construís la paz en un mundo de violencia y de guerra; cuando lucháis por la justicia ante la explotación del hombre por el hombre o de una nación por la otra; cuando con la misericordia generosa no buscáis la venganza, sino que llegáis a amar al enemigo; cuando en medio del dolor y las dificultades, no perdéis la esperanza y la constancia en el bien, apoyados en el consuelo y el ejemplo de Cristo y en el amor al hombre hermano. Entonces os convertís en transformadores eficaces y radicales del mundo y constructores de la nueva civilización del amor, de la verdad, de la justicia, que Cristo trae como mensaje» (24,2). Ideales elevados, fuertes y nobles en los que la grandeza de ánimo de la juven-

tud, su «sed de verdad, de ideales grandes, su sed de Cristo» (24,1) puede reconocerse. Las «certezas admirables» expresadas en las bienaventuranzas no «se refieren sólo a la vida eterna, a un reino de los cielos situado más allá de la muerte». Ese reino incluye la etapa temporal. Ese reino «ha sido inaugurado con la muerte y resurrección de Cristo» y «en buena parte depende de nosotros» (24,2). Hay que «hacerlo visible y actual en este mundo, como preparación a su establecimiento definitivo» (*Ibidem*).

El Papa se introduce, de forma penetrante, en las aspiraciones de la juventud. Y, tras un breve y significativo análisis, les va a proclamar el centro vivo de todo gran ideal: «Sé que buscáis algo que pueda dar razón, de verdad, a lo más profundo de vosotros mismos, a esa hondura del espíritu humano que sentís o, al menos, presentís... Yo siento sobre mí el deber de proclamar ante vosotros que ese algo, el 'Dios desconocido' que los hombres buscan a tientas, existe y es el fundamento de todo y 'el que hace nuevas todas las cosas' (cfr. *Hech* 17,23 s; *Ap* 21,5). Como Pablo en el areópago de Atenas, os anuncio al Dios vivo y a su Hijo, Jesucristo, el que estuvo muerto, y ahora, dueño de la clave de la vida y de la muerte, es el Viviente por los siglos de los siglos... Nos sentimos sumergidos en múltiples ofertas de salvación que vemos como no definitivas y engañosas... Yo, servidor de Jesucristo, tengo el deber de afirmaros que esa salvación es cierta para quienes creen y confían en el nombre de Jesús. Sí, Cristo —el Hijo de Dios vivo— confiere toda su grandeza a nuestro ser personal, es el garante de lo que pensamos y queremos ser, es quien posibilita vivir la vida con dignidad y ponerla a disposición de los otros, para ayudarles a dignificarse más; quien nos hace capaces de enfrentarnos sin temor ante el futuro, empeñados en construir la 'utopía' de un mundo nuevo, más justo y humano» (22,2.3). Realmente, es difícil entrar más a fondo en el corazón del hombre, en las ansias más hondas de la juventud de hoy. Pero el Papa no quiere dejar suelto un importante cabo, que tantas veces queda en el aire cuando se predica de Cristo. Me refiero a la prolongación de Cristo en su Iglesia, a pesar de los fallos de los hombres. «Acoged a Cristo con ánimo abierto. Acoged a Cristo en su Iglesia, que es su presencia permanente en la historia. Porque 'Cristo más la Iglesia no es más que Cristo solo'. La Iglesia es la transparencia de Cristo entre los hombres, oscurecida a veces por la conducta de los cristianos, pecadores 'como los demás hombres' (*Lc* 18,11)» (22,4). No se puede caer «en la peligrosa ilusión de separar a Cristo de la Iglesia y a la Iglesia de su Magisterio» (10,5).

Observamos que el Papa parece no haber dado respuesta a la pregunta que planteaba al presentar el tema central: por qué existe el mal en el mundo. Al menos, no se ha detenido en la enumeración de las causas del mal. Lo que sucede es que ha dado un giro, de gran estilo peda-

gógico, llevando a la juventud al punto de interés, es decir, a la reflexión sobre el modo de vencer el mal con el bien. Les ha puesto a los jóvenes frente a su propia responsabilidad ante cualquier situación de este mundo, por caótica que pueda ser. Y les ha abierto los ojos evangélicamente para que vean la fuerza que Dios, que Cristo quiere suscitar en sus corazones. «De esta forma, el hombre, y sobre todo el joven, que se acerca a la lectura de la palabra de Cristo con la pregunta de 'por qué existe el mal en el mundo', cuando acepta la verdad de las bienaventuranzas, termina poniéndose otra pregunta: ¿Qué hacer para vencer el mal con el bien? Más aún; acaba ya con una respuesta que es fundamental en la existencia humana. Y bien podemos decir que quien halla esta respuesta y sabe orientar coherentemente su conducta, ha logrado hacer penetrar el Evangelio en su vida. Entonces es verdaderamente cristiano» (24,3). Cuando se llega al «centro del alma, donde Dios reside», se llega también «a lo más hondo, a lo más verdadero del hombre: la presencia activa y amorosa de Dios en él. Desde esta perspectiva, a la vez humana y sagrada, ... se justifica y defiende la libertad, se estimula la justicia, se invita a la práctica total del amor» (1,b). ¡Verdad plena, libertad auténtica, justicia sin límites, amor en plenitud! Las cuatro bases de la vida, hoy tan tergiversadas por quien no admite a Dios o no busca respuesta a la acuciante sed interior de verdad, libertad, justicia y amor que todo hombre lleva en sí mismo.

Denodadamente, con la misma radicalidad que venimos observando, el Papa abre a la juventud perspectivas de futuro. Ya se ha dicho bastante en páginas anteriores. Basta ahora con unas pinceladas complementarias. Una de ellas se refiere a las dificultades que pueden sobrevenir. Y la más importante es el desasosiego inherente a esta lucha contra el mal, porque el mal no se logrará extirpar nunca del mundo. El Papa es claro y rotundo; a la vez, sumamente paternal: «Jóvenes españoles: el mal es una realidad. Superarlo con el bien es una gran empresa. Brotará de nuevo con la debilidad del hombre. Pero no hay que asustarse. La gracia de Cristo y sus sacramentos están a nuestra disposición. Mientras marchemos por el sendero transformador de las bienaventuranzas, estamos venciendo el mal; estamos convirtiendo las tinieblas en luz» (24,6). Por lo demás, cualquier otra clase de dificultades tampoco pueden amedrentarnos. Los tristes acontecimientos de la Iglesia en tiempos de Teresa de Jesús causaron en ella «heridas progresivas», pero a la vez «suscitaron oleadas de amor y de servicio» (7,9). Así también, la Iglesia considera que los distintos condicionamientos, que pueden sobrevenir en los diversos momentos históricos, son en realidad «un llamamiento a prodigarse con abnegación y entrega» más valiente todavía (23,2). Podrá haber contradicciones, incluso soledad. Es preciso ver en todo ello «ocasiones privilegiadas para crecer en el amor, en la donación a los demás, y para transformar la soledad sensible en una soledad llena de Dios» (40,3).

Cara al futuro, el Papa pide a la juventud de modo muy especial que hagan la experiencia del trato con Cristo: «Haced la experiencia de la amistad con Cristo. Vividla en la oración con El, en su doctrina, en la enseñanza del Magisterio, que os la propone» (24,6). La oración que aquí pide el Papa está muy lejos de esas «técnicas de oración que no se inspiran en el Evangelio y que prácticamente tienden a prescindir de Cristo, en favor de un vacío mental que dentro del cristianismo no tiene sentido» (7,7).

La doctrina y la enseñanza del Magisterio no depende sólo de la juventud. El Papa reclama para ella «la sana doctrina en la catequesis y en los textos escolares de religión» (3,5). Pide además que «los educadores sepan transmitir a los estudiantes, además de la ciencia, el conocimiento del hombre mismo; es decir, de su propia dignidad, de su historia, de sus responsabilidades morales y civiles, de su destino espiritual, de sus lazos con toda la humanidad» (21,10). Y, en su discurso a los educadores, insiste en que «hay que potenciar la educación en la fe, impartiendo una formación religiosa a fondo, estableciendo una concatenación entre la catequesis infantil, juvenil y de adultos y acompañando y promoviendo el crecimiento en la fe del cristiano durante toda la vida. Porque una 'minoría de edad' cristiana y eclesial no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada» (29,3). Y, refiriéndose a la transmisión misma del Mensaje de Cristo, dijo también: «Y cuando se trate de comunicar a los otros vuestro mensaje, procurad transmitir siempre las certidumbres de la fe y no ideologías humanas que pasan» (43,7). Se trata de una sublime tarea. «Llevadlos a la plenitud de Cristo. Impartid la doctrina íntegra, sólida y segura; utilizad textos que presenten con fidelidad el Magisterio de la Iglesia. Los jóvenes tienen derecho a no ser inquietados por hipótesis o tomas de posición aventuradas» (43,8).

Esta consigna del Papa ha sido recogida por el Episcopado Español, cuando con encomiable decisión se propone «perfeccionar el proceso permanente de educación en la fe o de catequesis para el cristiano en todas las edades, sin olvidar el ministerio de evangelización que pueda llegar a los indiferentes y alejados, cultivando con lucidez y empeño el dinamismo misionero de la Iglesia» (Dir. 1). Para ello, según sus mismas palabras, «es menester una función positiva de orientación y animación, inspiradas por la verdad evangélica, y de vigilancia y clarificación de los contenidos ante el grave problema de la confusión, propagandas ideológicas, etc.» (Dir. 5).

Ojalá haya llegado la hora en que, actuando siempre con sumo amor y exquisito tacto, no se deje a la verdad cristiana al albur de la tergiversación, el silencio de una «neutralidad» culpable o la falsedad de las verdades a medias. La inmensa mayoría del pueblo sencillo sigue esperando. La sociedad española lo necesita. Y muchos jóvenes —lo digo por

las experiencias que estoy viviendo desde la venida de Juan Pablo II a España— volverían de nuevo a vislumbrar horizontes de grandeza y de amor a Cristo. Precisan para ello oír oportunamente, siempre que lo necesiten, palabras que lleguen al alma como las del Papa y, sobre todo, sentir a su lado ejemplos de vida que les acompañen en su caminar, a veces pesado. «Veritatem facientes in caritate», si fuere necesario «usque ad sanguinis effusionem». Sin prisas imprudentes y sin pausas suicidas. No se trata de convocar a nadie a una «guerra de religión». Mucho menos a los jóvenes, que sienten con una evidencia insobornable que esos tiempos felizmente han pasado. Se trata de algo más serio, que es lo que Juan Pablo II va haciendo por doquier: Aventar las cenizas y alimentar de nuevo el fuego de los grandes ideales, aquellos por los que todavía vale la pena morir y, ante la mente y el corazón de los jóvenes, vivir día a día un mayor compromiso cristiano. Abrir de nuevo los horizontes de una gran tarea. Reconquistar para la juventud el protagonismo que Dios mismo les impone en la misión de reconstruir un mundo nuevo, un mundo según Dios, teniendo muy en cuenta, como el Papa dijo, que «si el corazón de los hombres no cambia, las estructuras del mundo no podrán cambiar de forma eficaz» (17,7) y que «en este tiempo son menester amigos fuertes de Dios» (7,3). Todo esto, en España al menos, es posible todavía.

J. Polo
Centro de Estudios Marianos
ZARAGOZA

Recensiones

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES